

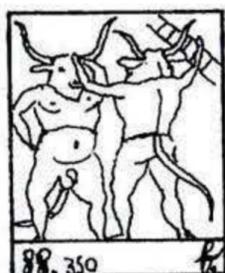
## XXVII Congreso mundial de libros para niños y jóvenes

*Palabras del vicepresidente de la República en la presentación del XXVII Congreso mundial de libros para niños y jóvenes.*

Es un honor para Colombia ser el país anfitrión de este Vigésimo Séptimo Congreso mundial de libros para niños y jóvenes.

Como representante del gobierno nacional debo comenzar por repetir una idea que para los colombianos tiene una expresión brutal: sabemos que las letras le pueden a las balas, y los libros a los fusiles.

No quisiera, sin embargo, tocar el terreno específico de los especialistas en políticas, estrategias, planes y técnicas para inocular a los niños con el virus maravilloso del amor a la lectura.



Ante ustedes me tomo la libertad de contar el origen y lo que encuentro en mi propia pasión por la lectura. Para mí, aprender el alfabeto fue como descubrir el mundo, como colocarme binóculos en los ojos para ver más allá de mi barrio.

Con las letras podía construir y desbaratar de nuevo ese mundo. La palabra "MESA", con esas patas en los extremos, la M y la A mayúsculas, podía sostenerse tan firmemente como la más fina de las mesas y poseía la cabriola adicional de esa E que es un entrepaño de la mesa y de esa S que la decora con gracia.

Debo agradecer de nuevo, e infinitamente, a mis padres que pusieron en

estas manos los primeros cuentos que yo descifré por mí mismo, y también, lo recuerdo muy bien, al profesor Cervantes —claro con ese apellido— por ponerme como tarea por allá en cuarto de bachillerato a comparar la *Ilíada* con *Cien años de soledad*. Casi todos podemos contar la misma historia de un santoral de nombres que pueblan los libros de la infancia y de la adolescencia: *Las mil y una noches*, el *Quijote*, *El Principito*, Anderssen, los hermanos Green, Rafael Pombo, Mark Twain, Salgari y Julio Verne. Nombre más, nombres menos que la memoria olvida pero que la emoción mantiene latentes aún sin sus nombres, a ellos agradezco los momentos más intensos de mi infancia y mi adolescencia.

Con ellos aprendí a volar y fueron ellos los que me dieron la pasión por la lectura.

Ellos me convirtieron en un hombre de libros y los libros me han dado lentes y perspectivas para tratar de entender el mundo, para conocerme a mí mismo y para gastar el tiempo en ellos sin que me importe el tiempo.

De todos estos aprendizajes tal vez es este último el que más estimo. Una película de cine dura 94 minutos, un programa de televisión transcurre en 26 ó 52 minutos.

En cambio, un libro dura en dos tiempos simultáneos: en el primero dura el tiempo que nos queramos demorar leyéndolo, poco o mucho, en todo caso el tiempo que uno desee; y los libros tienen también el tiempo segundo de durar eternamente, como objetos sagrados que guardamos y veneramos con devoción casi sensual.

Que, a veces, podemos recordarlos con la precisión de quien conoce exactamente en qué lugar de la frase voltea la página, y donde dejamos regadas como pistas de nuestro yo íntimo anotaciones y líneas subrayadas.

La cultura urbana, los sistemas de producción, las mismas crueldades de la interrelación personal han llevado nuestro mundo a ser dominado por la prisa que, por esencia, es la incompreensión del tiempo.

Por eso he dicho que el uso del tiempo en la lectura es mi mayor aprendizaje de esta pasión: porque el deleite de la lectura no se pone plazo, porque

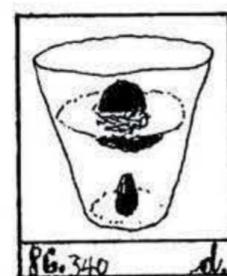
incrustarse en el tiempo de un libro es huir de las ataduras del apresuramiento, porque la forma como pasa el tiempo mientras leemos también nos da el tiempo para aprender a conocernos a nosotros mismos.

GUSTAVO BELL LEMUS  
Santafé de Bogotá, 26 de agosto de 1999

## Ortografía de la lengua española

*Discurso del vicepresidente de la República, Gustavo Bell Lemus, en el lanzamiento del libro de Ortografía de la Real Academia de la Lengua.*

Una visión de conjunto de los caminos que comunican y de los obstáculos que aíslan a la sociedad humana, da por resultado un movimiento de fuerzas opuestas que se realiza al mismo tiempo y que produce resultados, a lo mejor, contradictorios.



Por una parte, el avance de las comunicaciones ha hecho posible el contacto instantáneo con cualquier punto del globo. Hay un tiempo real, común a todos, en donde el mensaje se irriga como si brotara de cada punto. También las distancias físicas se reducen. Llegar de Barranquilla a Bogotá era hace un siglo una proeza que los supervivientes no olvidaban y hoy es cuestión de una hora.

Pero al mismo tiempo cada vez se enfatizan más los lazos del entorno inmediato. La familia, el vecino, el nativo de la misma región.

Entre estos grupos nucleares se afirman más las identidades, a veces por comparación con los otros, los distintos. Y mientras más cerca se tiene a todo el género humano, con más pasión se afirma lo propio, se valora, se celebra con el rito de la tribu, se generan los lenguajes que diferencian y distancian.

Colombia tiene el privilegio de pertenecer a una porción de la comunidad humana que comparte un idioma común. Dispersos al sur del río Bravo —bastantes también al norte— en casi toda la península ibérica, habitantes de dos hemisferios, la inconsciencia de los siglos nos ha inmunizado contra la maravilla cotidiana que significa compartir este capital cultural con casi cuatrocientos millones de seres humanos.



Desde el siglo pasado, filólogos españoles predicaban el apocalipsis del idioma, su atomización en cientos de pequeñas lenguas expuestas que se irían independizando de su raíz ibérica bajo la influencia de los medios locales. Esto no ha ocurrido, pero las dos vías contrarias en que marcha al mismo tiempo la sociedad humana, atentan permanentemente contra la posibilidad de mantener el español como lengua común. Estamos expuestos a las jergas técnicas que la globalización filtra al habla, a la particular gramática uniformadora del mundo de la computación, al idioma medido en segundos de los doblajes de la televisión.

Y, por el lado de la pequeña aldea que a cada uno de nosotros nos cubre como nuestra segunda piel, los lenguajes de la familia, los adjetivos que los niños inventan, la jerga de los adolescentes de cada generación, las palabras que la picaresca local consagra como nombres de las cosas, de algún modo conducen a la creación de localismos,

alimento del idioma y a la vez una de las vías para su atomización.

Con este panorama la labor de la Real Academia Española de la Lengua y de todas las academias hispanoamericanas, correspondientes de la española, la primera de las cuales fue la nuestra, se convierte en una necesidad, en un referente para mantener ese capital de que he hablado, esa lengua común, abarcadora y definitoria de todo lo que somos.

Pertenezco a una generación que creció luchando contra todas las formas. Nuestra urbanidad la dictaba una película como *Help*, de los Beatles, y nuestra estética y nuestra ética estaban más cerca de Woodstock que de cualquier lugar. Con el dogmatismo propio de la adolescencia llegamos a acoger como un mandamiento aquel verso de Rubén Darío: "De las academias líbranos señor". Nosotros, antiformalistas *per se*, veíamos en la Academia la obsesión por la forma.

Pero uno se pasa buena parte de la juventud descubriendo verdades que cree definitivas y defendiéndolas con pasión, y se pasa buena parte de la madurez corrigiendo aquella pasión y desmintiendo aquellas verdades.

Hoy veo la labor de la Academia como necesaria y su actitud plenamente adaptada a los comportamientos de los tiempos que corren. No se trata de una institución que dicta mandamientos dogmáticos —que, por los demás, nadie oiría—, sino que cumple una función panhispánica para mantener el idioma. Es el caso de la *Ortografía de la lengua española*, un libro que contó con la revisión de las 22 Academias Nacionales de la Lengua; de ella me llamó la atención la división normativa entre reglas de obligatorio cumplimiento, otras basadas en las costumbres y otras que pertenecen al orden de los consejos.

Personalmente tengo una relación visual con las palabras. Además de ser lo que significan, como en el universo platónico, también son las letras que las componen. Que éstas obedecieran a la arbitrariedad de quien escribe, sería tanto como variarles el significado. Un hueco sin H me parece tan peligroso como un abismo que la llevara. Fijar las letras de las palabras es un ofi-

cio que la Academia nos presta para mantener la consistencia misma del lenguaje.

Muchas gracias.

GUSTAVO BELL LEMUS

Santafé de Bogotá, 13 de septiembre de 1999

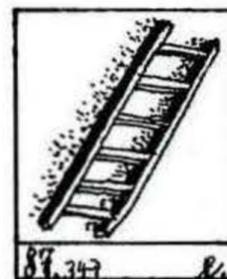
## La religión del amor en la última narrativa de Gabriel García Márquez

JOSÉ MANUEL CAMACHO DELGADO

Universidad de Sevilla (España)

### 1. Antecedentes

Gabriel García Márquez es un escritor con una profunda vocación religiosa, tal y como ha demostrado en su ya dilatada trayectoria novelística. Sus obras están llenas de mitos bíblicos, personajes legendarios, criaturas procedentes del Antiguo Testamento, vendedores de milagros, santos, predicadores de pelaje variopinto, sermoneros profesionales, ángeles destronados, sábanas santas, mujeres que suben al cielo en estado virginal, resurrecciones, etcétera. Faltaba por tanto uno de los temas más sugerentes con los que podía tropezarse el novelista colombiano: el amor entendido como una posesión demoníaca. Este es precisamente el tema desarrollado en su novela, *Del amor y otros demonios*<sup>1</sup>.



Sabido es que la *Biblia* es una de las obras fundamentales en su formación